

EDITORIAL

TENEMOS QUE MANTENER NUESTRO ESTILO

El hecho se dá, por desgracia, con bastante frecuencia y todos lo conocemos. Tampoco se nos escapa el peligro de sus consecuencias.

Excelentes camaradas, con espíritu y estilo contrastados en innumerables servicios, con muchos años de su vida quemados a la mayor gloria de la Falange, que tanto sea decir de España, son designados, precisamente por su capacidad y esos indudables méritos, para puestos de mando y confianza en la administración pública o dentro de la máquina burocrática actual del Movimiento.

A ellos llevan, con su estilo, sus inquietudes; llegan de buena fe, la frente alta, la mirada clara y con esa ilusión de hacer que caracteriza al buen falangista. Y primero es el rebelarse contra un estado de cosas que pugna la mayoría de las veces con nuestra forma de entender los problemas y darles solución; luego una titánica lucha que absorbe todas sus energías y, por último, el influjo de la forzada convivencia en otros ambientes, muchas veces políticamente enrarecidos, les hace perder el pulso, acomodarse a las circunstancias, perder el estilo.... Al traicionar una norma se han traicionado a sí mismos. Es el peligro que acusamos.

Aquel camarada, que era uno más entre los mejores, va cambiando paulatinamente. Sus actividades dentro del Partido cesan; sus actividades siempre postpuestas se ven reducidas por las muchas que le impone la servidumbre del cargo, reducción que, poco a poco, se va haciendo mayor hasta terminar anulándolas. Sin quererlo, pierden el contacto con la verdadera fuerza que constituyen nuestras escuadras; el único refugio donde aún se conservan en su pristina pureza las virtudes falangistas; ese camarada se va separando de la órbita de acción del Partido y acaba por morir ideológicamente, sin saber, como rama separada del árbol.

Iniciado el declive pocos son los que pueden sustraerse a tal influjo para volver a las filas cubriendo el puesto que dejaron al marchar, los más continúan aferrados al "escalafón político" sin otra fe ni otro norte que el de su medro personal y más personal lucimiento, aunque a la hora de exhibirse por los escenarios se sientan más falangistas que nadie explotando un brillante historial al que ha tiempo volvieron la espalda.

Esa es la explicación que nosotros encontramos al, por qué de que muchos falangistas en puestos de mando que escalaron cuando eran dignos de llamarse así, han desarrollado una labor más antifalangista que nuestros propios enemigos, encenagando las limpias camisas azules de los que siempre continuaremos, pese a ellos, en la brecha. Su actuación unida a la de los que sin sentirlo ni serlo airean nuestros textos doctrinales y disfrazados con nuestro uniforme interpretan a su antojo las palabras de los Fundadores, ha dado lugar a que el pueblo se forme un equivocado concepto de lo que es la Falange y esto sí que es verdaderamente grave.

Por eso ahora es ya de que se ponga remedio a esta situación, un remedio tajante, sin contemplaciones, y que no puede ser otro más que el de temer a perder muchos decaídos espíritus y mantener el estilo. Un remedio que solo puede encontrarse en la forzada convivencia con falangistas en Campamentos, Albergues o Centurias FALANGISTAS durante un lapso de tiempo anual más o menos largo de todos aquellos que sirven puestos de mando o responsabilidades dentro o fuera del Movimiento desligados por completo del contacto con la masa de camaradas que nutre nuestras filas.

!! ARRIBA ESPAÑA !!